

# *Documento especial*

## *Conferencia “Los inmigrantes en Estados Unidos” impartida por los congresistas norteamericanos en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”*

### **Discurso de Joseph Moakley<sup>1</sup>**

Muchas gracias por invitarme hoy a la universidad. No puedo decirles lo contento que me siento de estar aquí en El Salvador y de ver a tantos amigos. Como quizás algunos habrán notado, tengo un aspecto un poco distinto desde la última vez que estuve en la UCA, ahora tengo barba y he aumentado un poco de peso. En cierto lugar leí que los norteamericanos estaban buscando rostros nuevos en la política, así que decidí darles una nueva cara. Mis amigos dicen que me parezco al actor de cine Sean Connery. Mis enemigos me dicen que me parezco a un Santa Claus envejecido. Pero no me importa, a mí me gusta.

Déjenme decirles que me siento más contento de verlos en paz y tener la oportunidad de hablar sobre el gran futuro que le espera al país. Las cosas, ciertamente, son distintas desde la última vez que estuve aquí.

Yo, junto con el resto de la comunidad internacional, estoy impresionado del progreso que El Salvador ha tenido hacia la democratización en estos tiempos. Pero estoy más impresionado de ver que todo el mundo está trabajando conjuntamente. Es un contraste notable... En el pasado, como bien saben, este país estaba literalmente hecho pedazos por la guerra civil. Familias, campos y hogares quedaron destruidos. Su economía fue arrasada. El hermano luchaba contra su hermano. Los partidos políticos no hablaban entre sí de política sino que se disparaban unos a otros. Pero ahora, en este tiempo de paz, hay razón para tener mucha esperanza en El Salvador. Los múltiples partidos políticos están trabajando conjuntamente, han formado coaliciones y trabajan por el mejor interés del país.

La situación de los derechos humanos ha mejorado dramáticamente y la Procuraduría de los

---

1. Congresista del Noveno Distrito, Massachusetts.

Derechos Humanos está trabajando para institucionalizar la protección de estos derechos. La nueva Policía Nacional Civil está fortaleciendo sus propios procedimientos internos, recibiendo mejor entrenamiento y desarrollando nuevas destrezas para combatir la criminalidad. La gente ha comenzado a reconstruir sus vidas y la familia comienza a estar unida de nuevo. A los largo del país comienzan lentamente a tomar forma las tan necesitadas reformas.

Pero no quisiera pintar un panorama demasiado color de rosa. Sé que hay mucho por hacer, que la gente todavía sufre y que existen grandes desigualdades. Pero veo un futuro brillante para El Salvador. He visto algún progreso.

Sólo en este año, por ejemplo, un grupo de legisladores de 6 ó 7 partidos políticos distintos de la Asamblea Nacional se han acercado a mi oficina, en Washington, para hablar sobre la inmigración. No salía de mi asombro al ver lo bien que se llevaban. Algunos legisladores me confesaron que eran excombatientes. A todos les dije que me sentía orgulloso de sentarme a la mesa con ellos.

Y así es como me siento con respecto a este país: orgulloso. Estoy orgulloso de haber dirigido la comisión del Congreso de Estados Unidos para investigar el brutal asesinato de sus queridos hermanos —los 6 sacerdotes jesuitas, su cocinera y su hija. A pesar de las circunstancias difíciles de entonces, me enamoré de El Salvador y de su pueblo. Nunca olvidaré a la gente que he conocido aquí, las experiencias que he tenido y los tiempos tan tremendamente difíciles que han padecido. Siempre recordaré los distintos cantones y aldeas que visité a lo largo del país y a su gente que siempre fue buena y generosa conmigo.

Recuerdo la visita que hice a Santa Marta en plena guerra. Nunca olvidaré el caluroso recibimiento que me dieron. En efecto, este lunes espero regresar a Santa Marta. Lo que más recuerdo son los niños. Nunca olvidaré los preciosos rostros de estos salvadoreños pequeñitos que me miraban atentamente y alargaban sus manos hacia mí. La compasión y la perseverancia del pueblo salvadoreño ha dejado una marca indeleble en mí.

Hoy estoy de vuelta hablando sobre el futuro y las oportunidades que tienen en frente de ustedes. Como quizás algunos saben, he pasado tiempos difíciles en los últimos tres años. En los ochenta contraí hepatitis, la cual me desencadenó una se-

rie de complicaciones médicas que me pusieron muy mal. En realidad, los médicos me decían que tenía poco tiempo de vida. Eventualmente, la hepatitis degeneró en una enfermedad del hígado que casi me mata. Afortunadamente, en el verano de 1995, gracias a un transplante de hígado, lograron salvarme la vida. Entonces, justo cuando me estaba recuperando, mi querida esposa Evelyn falleció. Había tenido cáncer por muchos años. Como algunos de ustedes que han estado casados por tanto tiempo lo saben, es difícil perder a la compañera de toda la vida. Es muy difícil. Para mí, ella era mi mejor amiga y la extraña sobremana. Estuve casado con Evelyn 39 años. Mi vida no será la misma sin ella.

Hace poco cumplí 70 años. Y estoy aquí, delante de ustedes, saludable y me siento estupendo. Mi nuevo hígado es saludable y está funcionando bien. Pero durante las muchas semanas en que estuve enfermo, tuve mucho tiempo para pensar... y pensé en qué era lo más importante para mí, no como congresista sino como persona. Y les puedo decir que uno de los períodos de mi vida de los cuales me siento más orgulloso y que ha sido significativo para mi vida, es el tiempo en que he permanecido en este país. Todos ustedes son importantes para mí. Por eso estoy de vuelta, para demostrarle a los salvadoreños, y al mundo entero, que apoyo sus esfuerzos por construir una democracia más sólida.

Quiero que sepan que continuaré trabajando con mis colegas del Congreso de Estados Unidos y con el presidente Clinton, para relatarles el progreso que están haciendo y demostrarles la importancia que El Salvador tiene para la comunidad internacional.

Quiero que sepan que continuaré trabajando con ustedes y haré lo que esté a mi alcance para asistirles en sus reformas y en la transición. Como dije anteriormente, sé que todavía tienen muchos problemas y por delante tienen muchas luchas y tiempos difíciles. Quiero animar a los miembros de la asamblea para que continúen trabajando juntos, como lo han hecho hasta ahora, y para que hagan los cambios que verdaderamente ayuden a todos los salvadoreños a tener una vida mejor.

Si el crimen y la pobreza se van a combatir, se tienen que aplicar reformas institucionales. Para dar un ejemplo, el sistema judicial necesita reformas. Sé que han comenzado a trabajar en ello. Ya

es tiempo de implementar cambios al código legal, de enseñarle a los jueces y abogados el nuevo sistema y comenzar a construir un sistema judicial sin impunidad. Espero que se tomen las medidas pertinentes y se apropien los fondos necesarios para que estos cambios se implementen correctamente.

Ya es tiempo de hacer las reformas electorales que se necesiten. Todo el mundo debe tener la justa oportunidad de poder votar por sus representantes de gobierno. Este es el meollo de la democracia, claro está. Es tiempo de que se establezca un nuevo registro electoral y se elija un nuevo registrador que supervise el nuevo sistema de registro de la credencial de identidad electoral. Ya es tiempo de implementar el voto distrital y preparar los mecanismos para el voto proporcional.

Claramente hay mucho por hacer, pero sé que están en ello. Han dado pasos importantes en lo que a reforma agraria se refiere. Entre los muchos logros recientes aplaudo a la Asamblea Legislativa, donde varios meses de debate han llevado a la condonación de la deuda agraria. Por mi propia experiencia sé que ninguna ley es perfecta, pero la asamblea ha dado pasos importantes para asegurarse que los agricultores reconstruyan sus vidas, siembren de nuevo y puedan dar de comer a sus familias. Este es el tipo de labor que se necesita, trabajar juntos, forjando coaliciones para mejorar la vida de los salvadoreños.

Hasta ahora he hablado de lo que está aconteciendo en El Salvador, pero sé que hay algunas cosas que están sucediendo en Estados Unidos que les preocupan. Tenemos bastantes problemas y muchas luchas están todavía delante de nosotros. Mucha gente en El Salvador ha observado con ansiedad la reforma a las leyes migratorias de Estados Unidos, y muchos están preocupados sobre cómo estas reformas afectarán a los centroamericanos que viven allá. Muchos salvadoreños han vivido en Estados Unidos por muchos años y han construido sus hogares. Me he reunido con muchos y hemos hablado sobre sus vidas. Sé una cosa, los salvadoreños han trabajado arduamente y están muy orgullosos de vivir allá. Muchos tienen bellas familias, con hijos pequeños que asisten a las escuelas y a quienes les espera un futuro prometedor. En Estados Unidos se sienten como en casa, son parte importante de nuestras comunidades. Devolverlos sería una injusticia, desintegraría sus familias, dañaría sus negocios y arruinaría sus vidas.

Como lo dije hace varios años en este mismo lugar, algunos, en Estados Unidos, creen que lo saben todo. Pues no lo saben todo. Tenemos no poco prejuicio e intolerancia. Y tenemos más de alguna política miope.

Quizás los inmigrantes salvadoreños tengan un lugar especial en mi corazón. He creído —y sigo creyendo— que el gobierno de Estados Unidos se portó vergonzosamente en los ochenta, cuando regularmente deportaba a los refugiados a El Salvador, a la violencia y la desolación. No fue justo y la historia lo juzgará como una injusticia.

Me siento orgulloso de haber sido el autor de las leyes que pusieron fin a esas deportaciones y hubiese esperado que mi gobierno hiciera un esfuerzo especial para ser compasivo y ajustar la vida de tantos salvadoreños en Estados Unidos. Todavía tengo esperanzas de que Estados Unidos haga lo correcto.

Sé que la deportación masiva de salvadoreños pondría un peso tremendo en su economía en vías de desarrollo. ¿Dónde trabajaría esa gente? ¿Cómo compensarían las remesas perdidas que tantos salvadoreños envían desde Estados Unidos? Esa tensión sólo resultaría en una desestabilización política y económica. Lo digo ahora, eso no va a suceder. No lo permitiré.

Como quizá sepan, he estado trabajando arduamente con mis colegas, especialmente con el congresista Jim McGovern, en los últimos meses para cambiar esta ley y que se trate con justicia a los centroamericanos. Eso es todo lo que pido: imparcialidad e igualdad. He discutido el tema con el presidente Clinton y los oficiales de su administración y él ha prometido trabajar para que se hagan los cambios correctos. No habrá deportaciones masivas.

En este momento estamos trabajando en el Congreso en una legislación que modifique las leyes. Estamos cerca de una resolución pero, claro, todavía hay algunos obstáculos en el camino. En la actualidad, el congresista McGovern y yo trabajamos para que la nueva ley trate a todos los grupos por igual y que no se dé a ningún inmigrante de algún país un estatus especial. Antes de salir hemos presentado un proyecto de ley que permitirá a los salvadoreños aplicar y adecuar su estatus, y permanecer en Estados Unidos. No es una ley perfecta, pero nos ayudará a que los salvadoreños no sean deportados masivamente. Continuaré hacien-

do lo que pueda para solucionar este problema.

Bueno, de nuevo gracias por invitarme otra vez. Me siento honrado de hablar aquí de nueva cuenta y de ser huésped en su país. Veo un gran futuro para El Salvador... veo gran cantidad de trabajo por delante... y quiero que sepan que estaré presente para hacer lo que pueda para ayudarlos en sus esfuerzos. He hablado sobre lo orgulloso que me siento de que me hayan invitado de nuevo. Pero quiero señalar otra cosa de la cual me siento orgulloso. Me siento orgulloso de estar aquí junto con el congresista McGovern quien, como quizás algunos saben, estuvo en el equipo de trabajo por muchos años. Gracias a un enorme esfuerzo, el año pasado obtuvo una victoria en contra de los pronósticos y fue electo para el Congreso de Estados Unidos. Ha sido un excelente congresista, defendido a la clase trabajadora de su distrito, ayudado a crear mejores trabajos para su gente, apoyado a los ancianos y a los menos afortunados, trabajado para mejorar la atención médica de los norteamericanos y trabajado por los derechos humanos alrededor del mundo.

Mientras estaba en mi equipo de trabajo, Jim McGovern fue mi investigador principal en El Salvador durante el caso del asesinato de los jesuitas. Fue incansable tratando de encontrar la verdad, demostrando valor en medio de adversidades increíbles, y gracias a él se pudo determinar lo que verdaderamente sucedió aquí.

El tiene una solicitud grande hacia los salvadoreños, como la tengo yo, y estoy orgulloso de tenerlo en el Congreso para que juntos luchemos por las ideas en las que creemos. Así, pues, en este momento, quisiera presentarles a mi querido amigo, aliado y colega, el congresista Jim McGovern.

#### Discurso de James P. McGovern<sup>2</sup>

Quiero agradecer al P. José María Tojeira, Rector de la UCA, al P. Rodolfo Cadenal y a toda la comunidad universitaria de la UCA por haberme invitado a participar en el simposio de esta noche y a los actos conmemorativos del octavo aniversario del martirio de los jesuitas.

No puedo expresar adecuadamente lo que siento en el corazón al estar aquí frente a ustedes esta noche. Conocí El Salvador durante un tiempo violento. Sin embargo, cuando hago un recuento, ten-

go los mejores recuerdos. En medio de tanta violencia y agitación llegué a conocer y me sentí con frecuencia cercano a personas verdaderamente admirables como jamás haya conocido: desde el campesino humilde cuyo compromiso con la justicia y la misericordia puede conmover el corazón de cualquier sacerdote o juez, hasta los mártires, cuyas vidas todos nosotros estamos recordando en estos días.

Siendo yo católico, el haber conocido a estos hombres, hablado con ellos, reído con ellos y aprendido con ellos, haber conocido lo que hicieron con sus vidas y lo que deseaban lograr, el saber cómo concebían la religión y cómo vivieron su fe religiosa, sus vidas fortalecieron mi propia fe. Así pues, con respeto grande y humildad profunda les quiero expresar mi agradecimiento a todos ustedes.

Antes de entrar en el tema, esta noche quiero expresar mi agradecimiento y respeto a otra persona a quien debo tanto: al congresista Joe Moakley. Si no hubiese sido por su deseo de saber la verdad sobre El Salvador, yo no tuviera esta relación con El Salvador. Una verdad que él escuchó por primera vez de los refugiados salvadoreños en Boston, Massachusetts. Si no hubiera tenido el privilegio de trabajar para Joe Moakley, no hubiera conocido a Ignacio Ellacuría, ni a Ignacio Martín-Baró, ni a Segundo Montes. Mucho de lo que sé sobre honor personal y servicio público lo aprendí trabajando al lado de Joe Moakley. Pero más que todo, en esta noche quiero reconocer su compromiso con la paz y la justicia en El Salvador, y su profundo y perseverante amor por este país.

Hoy, se me ha pedido hablar sobre la relación entre Estados Unidos y El Salvador, especialmente sobre la comunidad de inmigrantes salvadoreños en Estados Unidos y sus aspiraciones por un futuro democrático en El Salvador.

Quiero comenzar diciendo que creo que a través del esfuerzo y la dedicación todo es posible, aún los milagros. De hecho, estoy frente a ustedes como miembro recientemente electo del Congreso de Estados Unidos, prueba viviente de que cualquier cosa puede suceder y que, ciertamente, los milagros se dan.

El futuro de El Salvador está en las manos del pueblo salvadoreño. Con frecuencia he escuchado de boca de algunos decir: "¿Qué puede hacer Esta-

2. Congresista del Tercer Distrito, Massachusetts.

dos Unidos para solucionar tal o cual problema?”. Eso, para mí, es una pregunta errada. Estados Unidos no debe decirle a El Salvador qué debe hacer, ni tampoco debemos dictar soluciones a sus problemas. Eso lo hemos hecho en el pasado —en El Salvador y otros países—, pero creo que es un error. En su lugar deberíamos trabajar en conjunto y apoyar lo que ustedes consideran la mejor solución a estos problemas. Creo firmemente que cuando pidan ayuda a Estados Unidos tenemos que brindársela. En el pasado, demasiadas veces se las brindamos con armas. Estábamos demasiados ansiosos de vernos involucrados en su guerra civil. Y así, pues, deberíamos estar igualmente ansiosos de ayudar a solidificar una paz justa y duradera.

Un deber que el gobierno de Estados Unidos debe cumplir responsable y justamente es la situación de los salvadoreños que viven ahora en Estados Unidos. A partir de mis primeras semanas como congresista, me he reunido con mis electores —personas y familias a quienes represento— y están hondamente preocupados por las estipulaciones y regulaciones decretadas por la Reforma a la Ley de Inmigración de 1996. La aprobación de esta ley, efectivamente, cambió las reglas del juego para los refugiados.

Como todos los que nos encontramos aquí estamos conscientes, estos cambios han afectado dramáticamente a todos los miembros de la comunidad centroamericana —guatemaltecos, nicaragüenses y salvadoreños. Estos individuos y sus familias llegaron buscando asilo durante la violenta agitación política y social que conmocionó a toda la región durante los ochenta y noventa. Muchos eran víctimas de la guerra, la desestabilización y la inseguridad política en sus países de origen.

Por esta razón, creo que es esencial darles a estos inmigrantes la oportunidad de demostrar individualmente en la corte su caso de asilo —*bajo las reglas que existían cuando ellos llegaron*. Les he pedido a mis compañeros congresistas que consideren las circunstancias injustas creadas por la nueva ley. Tratar al inmigrante centroamericano con imparcialidad no garantiza la amnistía, sino que es una oportunidad para que cada uno pueda presentarse individualmente ante el juez y se le otorgue el proceso debido, que es el fundamento mismo de la ley norteamericana.

La Fiscal General ha solicitado al Congreso que se le permita evaluar a partir de los estándares anteriores y no con los de la ley reformada de

1996. Cada caso debe ser juzgado bajo sus propios méritos, ya que muchos de estos inmigrantes y sus familias han formado raíces en sus comunidades en Estados Unidos.

Conozco personalmente las penas por las que pasan los inmigrantes centroamericanos. Llegué a conocer esta comunidad cuando trabajaba con el congresista Moakley y ahora me reúno con ellos con frecuencia en mi propia ciudad de Worcester, Massachusetts. Son las mismas personas y las mismas familias que eran enviadas de un lado para otro en los ochenta, y a las que se les negaba la oportunidad de regularizar su estatus migratorio. Ahora reciben el mismo tratamiento burocrático en los noventa.

Este miércoles recién pasado, el Congreso presentó una ley que, desafortunadamente, hace distinciones entre las comunidades de inmigrantes centroamericanos. La nueva ley permitirá a los nicaragüenses y cubanos que entraron a Estados Unidos antes de 1995 que obtengan inmediatamente su residencia permanente. Los inmigrantes de El Salvador y Guatemala, junto con los de las antiguas repúblicas soviéticas y las naciones de Europa oriental, no recibirán la misma consideración. Pero la parte positiva es que la nueva ley permitirá a los inmigrantes guatemaltecos y salvadoreños aplicar para el asilo y la suspensión de la deportación *bajo las mismas reglas que estaban en vigencia cuando entraron a Estados Unidos por primera vez*.

He luchado por una ley que tratase a todos los centroamericanos por igual. Los inmigrantes salvadoreños y guatemaltecos en Estados Unidos deben ser tratados con respeto y dignidad.

Debo hablar claro por un momento sobre mi propio país. En la actualidad, todavía existe una reacción dura en contra de los inmigrantes en Estados Unidos. Existe la tendencia de culparlos por los problemas que son de nuestra propia hechura, de convertir a los inmigrantes en chivos expiatorios y un blanco fácil para el prejuicio y la mala política. Creo que esto no sólo es por cortedad de vista, sino que es la expresión de individuos y legisladores que desconocen la experiencia y realidad norteamericanas.

Estados Unidos siempre se ha beneficiado de sus comunidades de inmigrantes. Somos una nación de inmigrantes. Si debiera existir en la faz de la tierra un país que entendiera esto debería ser

Estados Unidos, cuyos antepasados al huir de la tiranía y la privación económica llegaron a una tierra de esperanza, oportunidades y libertad. Es muy importante que Estados Unidos no olvide sus raíces de inmigrantes y respete y trate con dignidad a las actuales comunidades de inmigrantes y muy especialmente las de América Central.

Aquí en El Salvador he aprendido sobre la importancia de recordar y de no olvidar. Para El Salvador es importante que todos recordemos las condiciones que llevaron a tanto derramamiento de sangre, violencia y guerra, y comprometernos a no regresar nunca más a ese tiempo de pesadillas y horror. Todos debemos rechazar el retorno a ese pasado.

Pero el futuro de un El Salvador democrático no es fácil de construir. No existe una tradición democrática en este país. La realidad democrática, el potencial democrático de El Salvador es una "nueva historia" a la cual todos debemos comprometer nuestras energías e imaginación. Quizás, el gran poeta español lo dijo mejor en su famosa línea "Caminante, no hay camino. Se hace camino al andar". Paso a paso todos debemos caminar este nuevo sendero, juntos. Y la capacidad de trabajar juntos —de incluir a todos los sectores y todas las comunidades— es un talento y un don que debe fomentarse y extenderse en todo el país.

Existen signos a lo largo de todo El Salvador de que esta nueva realidad está tomando raíces. El diálogo y las negociaciones para adquirir progreso y bienestar para todos los salvadoreños está floreciendo en la Asamblea Legislativa, a nivel municipal y en los barrios, por doquier. En los años que tengo de venir a El Salvador, he conocido muchos individuos y grupos que tienen buenas ideas para solventar los problemas del país; he escuchado buenas ideas de parte de los militares, de los miembros de ARENA y de los que apoyan al FMLN. El problema es que no hablaban entre sí.

Se tiene que dialogar, negociar, trabajar juntos, deben comprometerse a un futuro común que beneficie a todos y no explote a nadie. Los viejos caminos y tradiciones que promovían el odio y la polarización con el fin de obtener la dominación económica y política deben abandonarse. Esos caminos llevaron a la guerra y la destrucción de El Salvador. Las viejas tradiciones que subvertían a la prensa convirtiéndola en agentes de propaganda que esparcía el odio y la polarización deben ser rechazadas. La prensa debe permanecer abierta y

comprometida a estimular el debate, el diálogo y la solución de problemas. La reforma electoral debe garantizar la participación, libre, justa y plena. La vieja tradición que usaba la libertad y el privilegio de las elecciones democráticas para sembrar el odio y la polarización debe ser repudiada.

No pretendo que esto sea un camino fácil. Hay ocasiones, en mi propio país —la democracia más antigua en este hemisferio—, en que prevalecen las fuerzas oscuras del odio, el prejuicio y el fanatismo. En los últimos 30 años hemos tenido un gobierno dividido. Si bien podemos diferir aún apasionadamente sobre programas y políticas, hemos sobrevivido porque hemos forjado un acuerdo común que une al país en medio de diversas ideologías: un compromiso a nuestras Leyes Fundamentales, un compromiso a un gobierno obligado al pueblo; y un compromiso a una justicia igual bajo la ley.

Sé que El Salvador enfrenta graves desafíos. La pobreza continúa erosionando el progreso en todo el país y contribuye, significativamente, tanto a la continuada violencia que padecen muchas comunidades como al crecimiento de la influencia de las organizaciones de drogas que operan dentro del país. El desafío es unirse para resolver estas crisis y no utilizarlas para polarizar al país una vez más.

El espectro de la violencia todavía acecha la vida cotidiana en El Salvador. Individuos y activistas de todos los espectros políticos todavía son vigilados y hostigados; hay asesinatos que huelen a venganzas personales; y pandillas de maleantes y ladrones continúan beneficiándose de la larga historia de violencia e impunidad de El Salvador. El desafío es cómo unirse para resolver y prevenir esos crímenes, y no usarlos una vez más como medios para diseminar miedos y odios.

Todos tienen la responsabilidad de demostrar que existen soluciones. Desafortunadamente, muchos salvadoreños capaces de contribuir en este esfuerzo se mantienen a distancia de la vida política y de la problemática social. Todos tienen la responsabilidad de involucrarse, explorar y encontrar soluciones —ya sean estas políticas para el desarrollo agrícola que benefician tanto al pequeño agricultor como a la agroindustria; ya sean programas ambientales para tratar efectivamente el problema de la basura y los desechos—; todos son responsables de trabajar juntos. Aquellos que intentan poner obstáculos y bloqueos son los que

todavía caminan por los viejos senderos del odio y la polarización.

Rehúyanles, rechacen ese camino. Busquen a aquellos que unen a la gente de todos los espectros políticos y ayudan a crear soluciones a los problemas. No importa que sean individuos o grupos conservadores, liberales o revolucionarios. No va a importar si son de izquierda o de derecha. Todo lo que importa —todo lo que importa en realidad— es que esos grupos e individuos estén comprometidos en construir un consenso y crear una nueva historia para todo el pueblo salvadoreño.

Les prometo que nosotros, en el Congreso de Estados Unidos, apoyaremos soluciones que salgan del diálogo nacional y el consenso. Apoyaremos soluciones que aseguren un mejor futuro para todos los salvadoreños. Apoyaremos soluciones que pongan fin definitivamente a la cultura de la violencia, la corrupción y la impunidad que tan tristemente mancha el pasado y el presente de El Salvador.

Ya que al comienzo cité a un gran poeta español, esta noche quisiera terminar mi intervención con un poeta contemporáneo de la tierra de mis antepasados: Irlanda. Irlanda es otro país católico, pequeño, que ha sufrido mucho la violencia, el odio y la polarización. Y es también un país cuya gente continúa esperando y anhelando un futuro mejor y una "nueva historia". Desde este país, Seamus Heaney ha escrito estas palabras:

Los hombres sufren  
se torturan unos a otros,  
son heridos y se vuelven duros.  
Ningún poema, obra de teatro o canción  
puede enteramente corregir  
el mal infligido y padecido.

La historia dice, *no esperes  
de este lado de la tumba.*  
Pero, una vez en la vida  
puede alzarse  
el tan esperado maremoto  
de justicia.  
Y la esperanza y la historia rimarán.

Espera, pues, por ese cambio oceánico  
lejos de la venganza.  
Cree que a la playa lejana

se puede llegar desde aquí.  
Cree en los milagros  
en las curaciones y en los manantiales que sanan.

Si hay fuego en la montaña  
o relámpagos o tormentas  
y un Dios desde el cielo habla

es que alguien escucha  
el gemido y el natal grito  
de una nueva vida que da a luz.

Gracias por permitirme hablarles un momento esta noche. Nunca los olvidaré, ni a ustedes ni a su país. Que Dios los bendiga.

### Discurso del P. Rodolfo Cardenal<sup>3</sup>

En nombre de la UCA quiero agradecer a los representantes Joe Moakley y Jim McGovern que hayan querido participar con nosotros en el octavo aniversario de nuestros mártires y de una manera especial que hayan tenido a bien hablarnos desde esta cátedra, cargada de tanto significado para todos nosotros y para todo el país. Sobre todo quiero agradecerles las buenas noticias que nos traen sobre la situación de los inmigrantes, las cuales, aunque no son todo lo buenas que quisiéramos, deberían significar cierta tranquilidad para muchas familias salvadoreñas.

Esta tarde ustedes nos han dado un testimonio muy importante. A través de sus palabras constatamos cómo El Salvador y, en particular, los salvadoreños pobres se les han metido dentro y los han cambiado, les han dado una nueva sensibilidad, un sentido diferente de la vida y una solidaridad con una porción de los desposeídos y maltratados. A ustedes les ha ocurrido lo que a otros muchos extranjeros: El Salvador se mete muy adentro, toca fibras profundas y una vez que se ha penetrado en su alma ya no se puede olvidar.

Los teólogos dirían que los salvadoreños pobres los han evangelizado. Su compasión y su perseverancia, su fortaleza y su esperanza les han anunciado la buena noticia de la vida y del amor y ella los ha cambiado. Después de conocer a los pobres de El Salvador, ustedes quedaron transfor-

3. Vicerrector Académico y de Proyección Social de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas".

mados, no pudiendo ser los mismos. El encanto del pueblo salvadoreño los cautivó y se enamoraron de él, tal como lo ha dicho el representante Moakley. Es una experiencia humana y cristiana muy profunda. Ustedes vinieron a ayudar a las mayorías y ellas se les metieron dentro, rompiendo sus esquemas previos. Ustedes asumieron su causa y las defienden en el Congreso y Washington, tanto si se trata de los inmigrantes como del caso de los jesuitas de la UCA. Cabe destacar que estas relaciones tienen más mérito por haberse fraguado en tiempos muy difíciles para el pueblo salvadoreño. Quizás esta circunstancia hizo que el amor calara más hondo.

Alrededor del 16 de noviembre, las amigas y los amigos nos reunimos para recordar el testimonio de nuestros mártires, para comprometernos a seguir su ejemplo en la lucha por la verdad y la justicia y también para celebrar su triunfo, porque quienes los despreciaron como basura y pensaron hacer un bien a El Salvador asesinandolos a sangre fría, ahora los tienen que tolerar como luz. De hecho, ellos son los que más relevancia dan a El Salvador en el concierto de las naciones. Por eso mismo, no podemos olvidarlos.

La situación ha cambiado bastante desde la última vez que ustedes nos visitaron, pero no tanto como nosotros quisiéramos, ni siquiera hemos podido alcanzar la democratización plasmada en los acuerdos de paz. Es cierto que no había antecedentes, pero es igualmente verdadero que el proceso de transición encuentra resistencias muy fuertes en aquellos que temen las transformaciones democráticas. Pero eso no nos desanima, hemos aprendido que el camino de la verdad, la justicia y la paz es largo y está lleno de obstáculos y peligros de toda clase. Monseñor Romero y los mártires de la UCA nos señalaron la ruta y nos animan a no desfallecer.

Es cierto, no debemos preguntar a Estados Unidos cómo resolverá nuestros problemas, sino que nosotros mismos debemos buscar nuestras propias soluciones y las ayudas necesarias, entre ellas, la estadounidense. Pero es igualmente evidente que Estados Unidos tiene una obligación moral con el pueblo salvadoreño que no ha cumplido debidamente. Después de haber contribuido tan generosa e irresponsablemente a financiar y dirigir una guerra, cuya razón de fondo era ideológica, Estados Unidos está obligado a reparar los daños ocasionados a El Salvador y su pueblo por las aventuras de sus dirigentes de Washington. La

guerra fue larga y muy cruel, pero no lo hubiera sido tanto si Estados Unidos se hubiese mantenido al margen; si en lugar de aprovecharla para sus propios intereses estratégicos hubiera intervenido para detenerla y erradicar sus causas. Existe, pues, una obligación moral para reparar el daño causado. Estados Unidos no tendrá la solvencia moral indispensable para ejercer el liderazgo mundial al que aspira si no asume las consecuencias de sus errores.

El apoyo de Estados Unidos a las peticiones de ayuda que le pueda dirigir El Salvador son muy importantes y, sin duda, también necesarias. Pero El Salvador no es tan libre como pareciera para decidir por sí mismo su destino. Las imposiciones de las instituciones financieras multilaterales, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y otras, en las cuales Estados Unidos tiene un poder determinante, se han vuelto una carga muy pesada para el país y sus consecuencias son experimentadas por la mayoría de los salvadoreños. Sería muy de desear, entonces, que Estados Unidos mostrara más sensibilidad y solidaridad con esas mayorías, cuyas condiciones de vida se deterioran cada vez más.

Lamentablemente, las tendencias predominantes en la actualidad en Estados Unidos no se caracterizan por la compasión. En tiempos que parecen propicios para la apertura levanta barreras, una física, en la frontera con México para dificultar el arribo de nuevos inmigrantes; otra social, y una tercera de orden legal, que no da un trato igualitario ni brinda las mismas oportunidades a todos los inmigrantes. El levantamiento de estas barreras discriminatorias se intenta justificar responsabilizando a los inmigrantes de las limitaciones y los errores de la política doméstica de Washington. No es la primera vez que algo así sucede en la historia de occidente. Es contradictorio que un país conformado a partir de inmigrantes haya perdido la capacidad para comprender esta realidad dramática.

Emigrar es en sí mismo una tragedia humana. La población se desplaza porque es forzada a ello por motivos diferentes. En el caso nuestro, la guerra y la pobreza obligaron a decenas de miles a buscar un futuro mejor en el norte. Desde esta perspectiva, Estados Unidos debiera considerarse obligado a dar cabida a los salvadoreños en su territorio. Tranquiliza saber que no habrá deportaciones masivas, pero inquieta el carácter discrí-

minador de la nueva ley, al no brindar a los salvadoreños los mismos beneficios que ofrece a otras nacionalidades.

Nos preocupa sobremanera que todavía haya muchos salvadoreños —uno de cada cuatro— que piensen emigrar a Estados Unidos. La pobreza sigue expulsando salvadoreños de su país y, por lo tanto, es previsible que la corriente migratoria hacia el norte continúe con la misma tenacidad con la que los salvadoreños se empeñan en sus cosas. Las barreras levantadas en la frontera sur de Estados Unidos para intentar detenerlos aumentarán el drama humano de todos los emigrantes. En este sentido, a Washington debiera preocuparle tanto como a El Salvador que su población no encuentre motivo para emigrar, abandonándolo. Para ello habría que mejorar sustancialmente sus condiciones de vida, en lo cual la política exterior estadounidense tendría mucho qué decir y sobre todo qué hacer. Si las promesas de oportunidad y prosperidad hechas a los salvadoreños fuesen posibles a

corto y mediano plazo, la corriente migratoria disminuiría de manera drástica.

A nadie le gusta abandonar su tierra, su casa y sus familiares. Emigrar es una solución desesperada. Creo interpretar correctamente el sentir de la población salvadoreña al afirmar que nos gustaría tener la oportunidad de podernos quedar a vivir en el lugar donde nacimos y crecimos. No nos obliguen, pues, a tener que seguir emigrando. Queremos gozar del derecho a una vida digna en El Salvador.

Sabemos que ustedes, queridos amigos congresistas, han trabajado intensamente para que los centroamericanos recibamos un trato imparcial y equitativo en Estados Unidos. Por eso les estamos muy agradecidos. Sabemos que seguirán luchando hasta conseguir una ley de inmigración más justa para todos, libre de xenofobias. El compromiso de ustedes es motivo de esperanza para nosotros.

San Salvador, 14 de noviembre de 1997.

